

cer relaciones entre hechos o personas sin proximidad de espacio, tiempo o causa. Llamémoslas co-incidencias (42).

Alejandra es un personaje más enigmático, más independiente, desde el punto de vista de la función que desempeña en la novela, que Martín o cualquier otro, puesto que es ella la causa principal del conflicto novelesco. Pero es también una fuente de muy variadas alusiones simbólicas y el centro del argumento metafísico, la presencia del Mal. En tanto que personaje, es el más humano, el más relativizado. Si no fuera excesiva la simplificación, yo diría que no hay en la novela más que dos personajes: Sábato y Alejandra. Sábato ha hablado mucho de la relación del autor con sus personajes, relación que ya he estudiado en otro lugar y que no quiero repetir aquí (43). Baste recordar una de sus declaraciones: «He puesto elementos míos en los cuatro personajes centrales, personajes que dialogan y hasta luchan mortalmente entre sí. Es el diálogo y la lucha que esas hipóstasis tienen en mi propio corazón» (44). Quizá lo más interesante de esta cita y su continuación sea no lo que dice sino lo que deja por decir. No habla de Alejandra, se refiere sólo a *cuatro* personajes que, naturalmente, la incluyen. Alejandra se enfrenta, rebelde, con su autor. No me sorprendería si hubiera en ella reminiscencias personales. Alejandra encarna esa dualidad humana a que me he venido refiriendo de la manera más extrema. Su ascetismo con Marcos, su reticencia con Martín, su obsesión con la limpieza, su franqueza consigo misma y su sacrificio final son algunos de sus rasgos «diurnos». Su falta de compasión, su vida frívola y depravada, su crueldad e independencia, su relación con Fernando, son aspectos de su lado «nocturno». «¿Cuándo sos la persona verdadera?», le pregunta Martín, cuando ya su ruptura es inminente. «Trato siempre de ser verdadera», le contesta Alejandra [259]. Sólo con el tiempo y la enseñanza de Bruno se aviene Martín a aceptar que todas las máscaras de una persona son verdaderas [192]. Pero por conmovedora y compleja que sea la humanidad de Alejandra, mayor es su función simbolizadora. Sábato se propone y logra no obstante que una relación amorosa específica sirva de vehículo a un número de alusiones de carácter mítico, sin que por eso pierda su interés humano.

«Vos y yo tenemos algo en común, algo muy importante», le dice un día a Martín. ¿A qué se puede referir? Las cosas en común no faltan. A la misma edad, a los once años, les es revelada a ambos la

(42) En mi artículo sobre *Abaddón...* (Bacarisse: *Contemporary...*, p. 90) hay una discusión bastante extensa sobre esta cuestión. Uso allí, en el mismo sentido, el término sincronicidad inventado por Jung.

(43) Bacarisse: *Contemporary...*, pp. 89 y 104.

(44) Sábato: *El escritor...*, p. 22.

sexualidad con una brutalidad que los marca para siempre. Ya me referí a la experiencia de Martín. Alejandra sorprende a su padre «con un mujer... en la misma cama donde yo duermo ahora» [58]. Recuérdese que Georgina, su madre, la había abandonado a ella y a su marido el año anterior [470], y que Alejandra se había ido a vivir con sus abuelos a la casa de Barracas, donde vive ahora. Alejandra reacciona violentísimamente, como si fuera culpable del acto de su padre. También huye de casa, como Martín, se oculta de noche en una casa desocupada con el único objeto, al parecer, de hacerse sufrir, ya que la oscuridad, lo desconocido del lugar y las ratas le infunden pavor. «Era una hermosa venganza y que resultaba más hermosa y más violenta cuanto más terrible eran los peligros que debía enfrentar, ¿comprendés? Como si pensara, y quizá lo haya pensado, '¡vean lo que sufro por culpa de mi padre!'» [60]. ¡Curiosa venganza la que reclama retribución de la víctima! Leyendo esto es difícil no sospechar que la mujer de que habla Alejandra y que estaba con su padre era ella misma, si se recuerda además que este acto del padre tiene lugar en el mirador, «en la misma cama donde yo duermo ahora». ¿Gesto de desafío por parte del padre, metiendo a una amante en el cuarto y la cama de su hija? Es posible, pero más probable me parece que por una reticencia muy natural en el plano humano, y un deseo de ambigüedad simbolizante en el plano literario, Alejandra relate el episodio de la manera en que lo hace.

No es eso todo. En la escuela religiosa a que la mandan y en la que se precipita «en la religión con la misma pasión» que en todo, Alejandra tiene un sueño. En éste, el Padre Antonio, que le describe «los sufrimientos, la humillación y el sangriento sacrificio de la Cruz», se le aparece, con la cara de Fernando. Parece no haber sino una interpretación posible de ese sueño. El padre sacrifica a la hija en una equívoca expiación. ¿No se lleva así al plano simbólico, quitándole al mismo tiempo su sórdido carácter, un acto de violación? En otro sueño que le cuenta a Martín, Alejandra oye campanas que le producen horror porque son, exclama, «¡las campanas de Santa Lucía, la iglesia donde iba de chica!» [129]. El horror que le producen esas campanas de una iglesia de irónico nombre —¡Santa Oscuridad debiera llamarse!— sólo se explica por una inconsciente y, para nosotros, simbólica identificación con el Cristo sangrante en la Cruz, que la violación del padre ha provocado. No es sorprendente que Sábado llamara Ana María a la madre de Fernando. ¿No era acaso Santa Ana la madre de la Virgen? (45).

---

(45) Así lo apunta también Lilia Dapaz Strout: *Sobre héroes...*, p. 205.

De todos modos, el incesto no deja lugar a dudas: la ciega con la que tiene lugar «el simbólico ayuntamiento» [444] es Alejandra (46). Ciertos incidentes del relato justifican la identificación. Pero de nuevo una cierta ambigüedad da paso a los símbolos que son más importantes. ¿Qué indicaciones hay en la novela que permiten afirmar que se trata de Alejandra? En primer lugar, Martín los sorprende juntos en un bar, unidos por la vehemente pasión del odio [266], y en segundo lugar, en la noche de los apocalípticos incendios del 16 de junio, ve a Alejandra llegar a la recova al lado de la iglesia de la Inmaculada Concepción de Belgrano —¡otra iglesia con irónico nombre!— y entrar en esa casa abandonada por la que también entra Fernando al infernal mundo de los ciegos. ¿Cómo no notar la correspondencia de estas dos casas abandonadas, la primera a la que se dirige Alejandra a los once años, y la segunda a la que se dirige ahora para acudir a una tenebrosa cita? Yo diría que se trata *simbólicamente* de un «mismo» lugar y, por lo tanto, de un «mismo» diabólico ayuntamiento. Al final del informe, Fernando tiene cita con ella, pero no en Belgrano, ¡sino en el mirador! ¿Por qué allí? Alejandra bien pudiera haber matado a su padre en aquella casa de la recova. Al acudir al mirador, Fernando regresa, por decirlo así, al lugar de aquel acto de violación con el que co-inciden la mítica y «monstruosa cópula» que el «informe sobre ciegos» de Fernando Vidal Olmos sirve para recrear.

Pero prosigamos con la cuestión de la identidad de la ciega. Fernando la identifica, pero de una manera también algo ambigua, al final del informe. «¡ERA ELLA!», exclama. Pero ¿quién? No lo dice, sólo sabemos que se trata de «la mujer que, en cierto modo, más había deseado» [43] en su vida. No creo que la mujer que más ha deseado en su vida sea su hija, y hay en la novela buen número de razones para suponerlo. La aventura de Fernando en las cloacas de Buenos Aires es una recreación imaginativa, en el espacio de una atormentada pesadilla de un regreso al mítico origen del hombre a esa unidad primigenia a la que ya me he referido, y de la que parte, en cursos paralelos, la vida de un hombre y de la humanidad entera. Ahora bien, un regreso, novelísticamente recreado, a un origen mal puede efectuarse con la incestuosa relación con una hija, que encarnaría, si acaso, el futuro y no el pasado. El incesto de Fernando es con su madre, que la hija representa, la madre de la que se viene y a la que se vuelve. Pero Sábato no quería simplemente recrear el mito mile-

---

[46] Con esta identificación concurren naturalmente numerosos críticos: Emilse Beatriz Cersósimo: *Sobre héroes y tumbas: de los caracteres a la metafísica*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1972, p. 19; Dellepiane: *Un análisis...*, p. 195; Doris Stephens y A. M. Vázquez-Bigi: *Lo arquetípico...*, pp. 355-56, y otros.